



Contabilidad y Negocios

Revista del Departamento Académico
de Ciencias Administrativas
año 3, número 5
julio 2008

- Actualidad Contable
- Tributación
- Contabilidad y Gestión
- Administración



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

El desafío latinoamericano: la trilogía de la competitividad

José Luis Cordeiro*

Donde no hay una visión, el pueblo perece.

Proverbios 29: 18

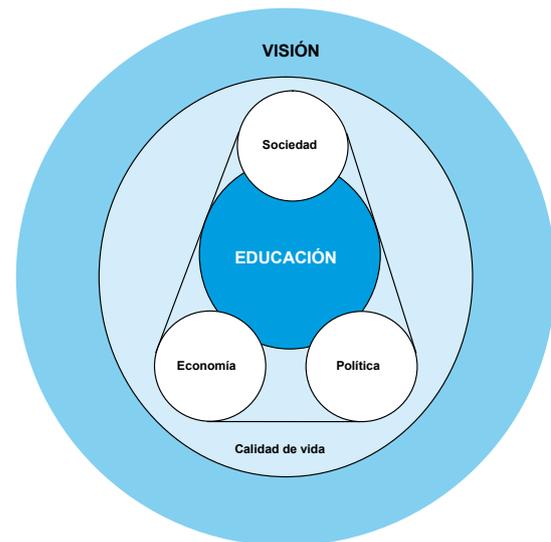
Un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, huella y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito.

Simón Bolívar, 1815

Cuando se habla del futuro, lo primero que nos viene a la mente son robots, rayos láser y computadoras. Muchas veces confundimos el futuro con el lado «duro» de la producción industrial. Sin embargo, el futuro es mucho más que eso y tiene sus orígenes en los aspectos «blandos» ligados a los individuos, las empresas y los mismos países.

El único camino que puede seguir un país para lograr alcanzar un futuro positivo es el desarrollo integral. Una nación progresista se construye en función de tres pilares fundamentales: primero, la educación, segundo, los sistemas económico-político-sociales y, tercero, la visión de país y sociedad. El desarrollo, la productividad y la competitividad no son conceptos que se entienden o se aplican aisladamente; más bien, representan el resultado sistémico de utilizar todos los elementos anteriores, los tres muy relacionados entre sí (véase la figura 1).

Figura 1. El futuro y la trilogía de la competitividad

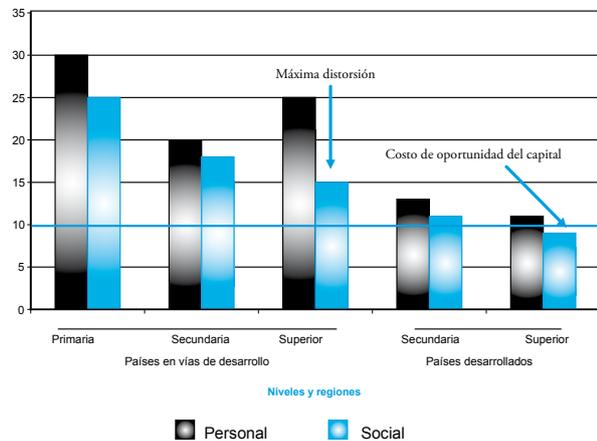


* Autor de *El Desafío Latinoamericano* (www.cordeiro.org).

Todo comienza con la educación

Los países no son desarrollados por sí mismos, sino que dependen del desarrollo de sus habitantes y de las instituciones que ellos forman. El desarrollo y la competitividad comienzan con la educación, especialmente con la educación básica. Estudio tras estudio demuestra que la educación no es un gasto, sino una inversión enormemente rentable (véase la figura 2). Varios ganadores del Premio Nobel de Economía han tratado de cuantificar las tasas de retorno, tanto social como personal, de la educación. Los economistas estadounidenses Gary Becker y Theodore Schultz han realizado investigaciones que permiten deducir tasas reales de retorno de hasta 30% para la educación básica en los países en vías de desarrollo. Cualquier empresario sabe que una inversión con una tasa real de retorno del 30% es muy rentable. Así, la educación básica es justamente esa inversión tan productiva.

Figura 2. Tasas de retorno de la educación



Fuente: J.L. Cordeiro basado en G. Psacharopoulos (1992)

«Nadie nació aprendido» dice un refrán popular. En países tan jóvenes como los nuestros, donde la mitad de la población apenas alcanza los veinte años de edad,

la educación tiene que ser mucho más que una simple prioridad. La educación, en especial la básica, tiene que ser precisamente la prioridad fundamental de toda la sociedad. La educación debe ser una obsesión nacional: no solo del Estado, sino de las familias, de las comunidades, de las escuelas y de las mismas empresas. Hay que propiciar toda una sociedad docente.

Países jóvenes como los latinoamericanos tienen que dedicarle sus principales recursos a los jóvenes, no solo por razones demográficas, sino, además porque ellos representan realmente el futuro de cada país. La educación y la salud de los niños son fundamentales después que las necesidades alimenticias de los menores están cubiertas. A medida que los niños crecen, la escuela formal disminuye en importancia y el trabajo productivo se vuelve prioritario. A lo largo de toda la vida, se debe conservar el amor por la educación informal y no formal; este amor se crea desde la infancia.

Latinoamérica está experimentando una gran transformación demográfica. La población actual de más de 500 millones seguirá creciendo hasta casi duplicarse a finales del siglo XXI. Así que, si no invertimos en educación ahora, mañana será muy tarde. Si nuestros niños no crecen con una educación de alto nivel, los latinoamericanos viviremos no en el Tercer Mundo, sino en países de tercera categoría. A menos que reaccionemos ya, la continua «africanización» de nuestra educación, creará países cada vez más pobres y marginales.

Durante la historia de las civilizaciones han existido diferentes ventajas competitivas a lo largo del tiempo. Hace siglos que la principal fuente de competitividad fue la posesión de tierras y otros recursos naturales. Luego, fue la mano de obra barata y, más tarde, fueron las máquinas y el dinero. Al umbral del siglo XXI,

la educación se ha convertido en la principal ventaja competitiva de las naciones. El capital humano está desplazando rápidamente al capital físico y al capital financiero como el verdadero generador de riqueza en el futuro.

Hay todavía quienes piensan que la educación es cara, pero la ignorancia lo es mucho más. El denominador común de todas las sociedades que han logrado avanzar comienza con sistemas educativos orientados al desarrollo humano. Solo hay que ver a Japón para comprender este concepto.

Japón es un país muy pequeño, tan pequeño que entraría cuatro veces en Colombia y, sin embargo, tiene tres veces la población colombiana. Para ilustrar la densidad demográfica de Japón, se puede decir que es como varios de los departamentos del Amazonas, pero con una población de 125 millones de personas. Sin embargo, en Japón, no hay petróleo, ni hierro, ni aluminio, ni oro, ni azúcar, ni café, ni cacao, ni ganado, ni esmeraldas. Lo único que hay son montañas, terremotos y una población altamente preparada. La riqueza y la ventaja competitiva de Japón radican en su población: una población instruida y calificada.

Según el analista japonés Kenichi Ohmae, a los japoneses les enseñan desde pequeños que Japón es un país pobre y sin recursos, donde para «sobrevivir» hay que estudiar y trabajar duro. A los brasileños, por otro lado, les dicen que viven en el «maior país do mundo» y que cuentan con todos los recursos imaginables. Los resultados tan distintos de la educación en Japón y Brasil y, en la misma Colombia, hablan por sí solos. Japón es un país pobre, pero con gente rica, mientras que Brasil y Colombia son países ricos, pero con gente pobre. Además, mientras que la educación en Japón sirve para generar riqueza nueva, en Brasil y Colombia,

solo sirve para acceder a la riqueza ya existente en forma de recursos naturales, no para generar riqueza adicional.

En un mundo tan cambiante como el actual, la educación se hace aún más importante. Una persona que no se actualice deja de ser «educada» en poco tiempo. Los grandes expertos internacionales como James Austin, Edward de Bono, Peter Drucker, Charles Handy, Paul Kennedy, John Naisbitt, Tom Peters, Michael Porter, Guy Sorman, Lester Thurow y Alvin Toffler, entre tantos otros, no se cansan de repetir la importancia de la educación dentro de un mundo globalizado. La mayoría de los «gurús» gerenciales hace continuo énfasis en la importancia del capital humano, bien preparado y bien remunerado.

Los individuos, las empresas y las naciones compiten cada día más en función del capital humano. La mano de obra barata ya no es competencia frente a una población educada; de ser así, Bangladesh o Haití serían mucho más competitivos que Japón o Suiza. Sin embargo, todos sabemos que el nivel de vida de un japonés o un suizo es impresionantemente superior al de un bengalí o un haitiano. La mano de obra barata no es una ventaja competitiva, sino la terrible demostración del fracaso de toda una sociedad.

Ahora, no hay que temerle a la competencia, sino a la incompetencia. Son precisamente las sociedades más competitivas las que alcanzan los mayores niveles de vida para su población. La competencia hace que las personas, las empresas y las naciones progresen. Sin embargo, la incompetencia latinoamericana es un cáncer que está afectando a todos nuestros países. Hay que pasar de la incompetencia a la competencia, desde el nivel más micro al nivel más macro. Una sociedad verdaderamente libre y educada es una sociedad competente.

El proceso de la «aceleración» de la historia hace imprescindible la continua renovación del conocimiento humano. Como dijo el gran prócer cubano José Martí: «la educación comienza con la vida, y no acaba sino con la muerte». Esa misma afirmación es más válida hoy bajo las rápidas transformaciones económicas, políticas y sociales de un mundo que cambia a pasos agigantados.

La importancia de los sistemas e instituciones nacionales

La educación es un elemento fundamental para el desarrollo, pero no es el único elemento. Se puede decir que es una condición necesaria pero no suficiente para el verdadero desarrollo. Basta observar el caso de Cuba para entender que la educación no es suficiente. Este país tiene un nivel educativo similar al de Costa Rica y Puerto Rico, sin embargo, el desarrollo de Cuba es muchísimo menor que el de sus vecinos caribeños Costa Rica o Puerto Rico. Fuera de Latinoamérica, también se podría decir lo mismo de Polonia o Rusia, países con poblaciones educadas, pero que todavía no son competitivos dentro de un mundo globalizado, a pesar de sus elevados niveles educativos. El segundo elemento fundamental para la construcción de un futuro deseable es el sistema económico-político-social del país. Hay unos sistemas que aceleran el desarrollo, mientras que hay otros que frenan el desarrollo.

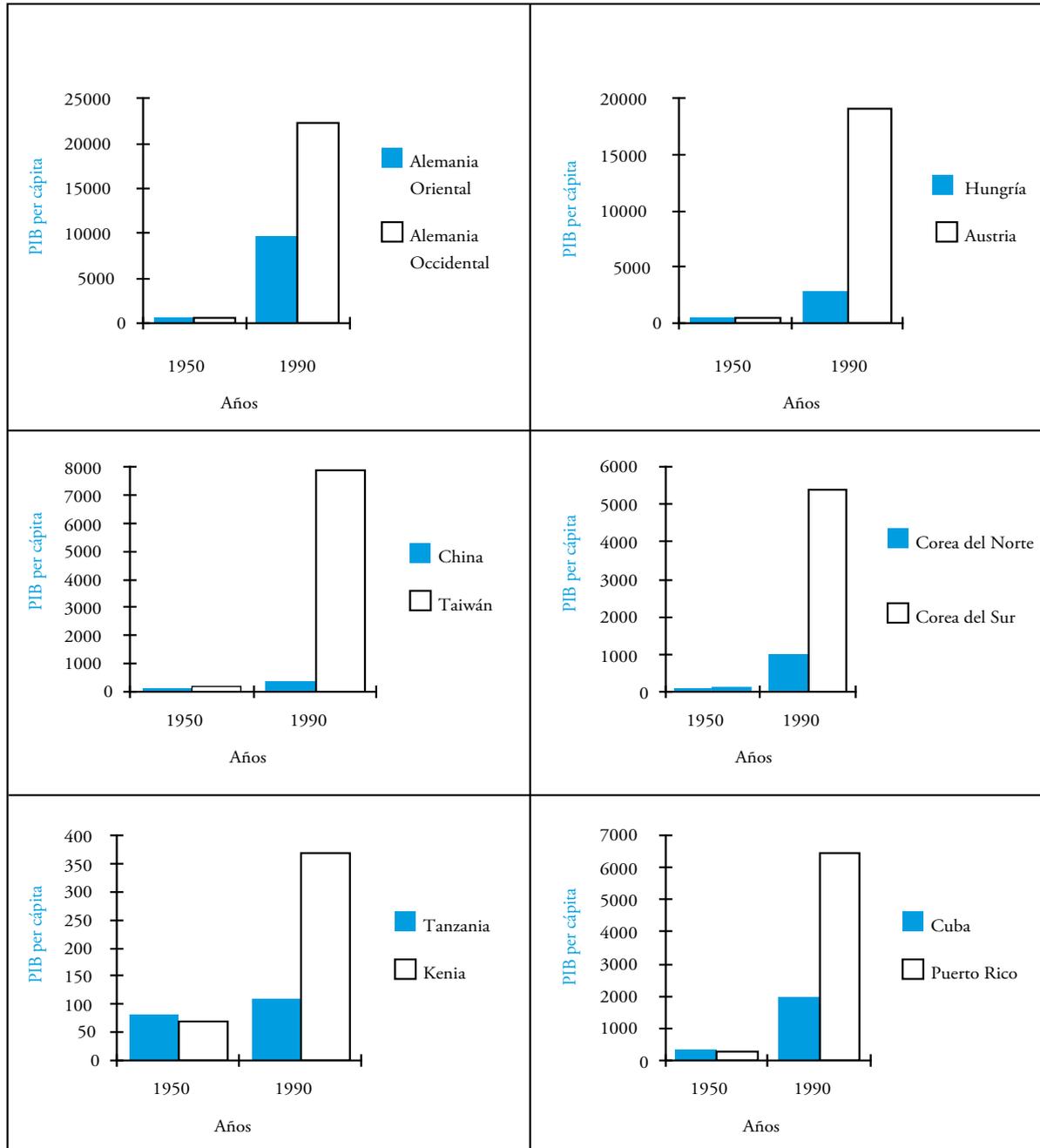
Dentro del enorme abanico de sistemas que han sido ensayados en los diferentes ámbitos de la actividad humana, se pueden concluir ciertas generalizaciones a lo largo de los años y alrededor de todo el planeta. En el campo económico, ha demostrado ser exitoso el sistema de mercado basado en la propiedad privada y la ley de la oferta y la demanda. En la política, ha funcionado la democracia representativa basada en la

participación popular y la responsabilidad de los líderes. En el ámbito social, es fundamental la igualdad de oportunidades y la justicia pública.

Mientras la realidad económico-político-social de un país se acerque más a los conceptos anteriores, mejor le irá a esa nación y, mientras más se aleje, peor le irá. La historia nos da hermosos ejemplos de países hermanos que han sido divididos y que han evolucionado muy distintamente debido a los sistemas utilizados. Durante muchos años, Alemania Occidental (capitalista) se volvió rica, mientras que Alemania Oriental (comunista) se quedó relativamente pobre; Austria (capitalista) progresó rápidamente, mientras que su «prima» Hungría (comunista) cambió muy lentamente; Taiwán (capitalista) progresó, mientras que China (comunista) se estancó; Corea del Sur (capitalista) creció enormemente, mientras que Corea del Norte (comunista) no avanzó; Kenia (capitalista) inició un proceso de desarrollo basado en el mercado, mientras que Tanzania se paralizó con su socialismo «utópico»; Puerto Rico (capitalista) siguió creciendo aceleradamente, mientras que Cuba (comunista) permaneció rezagada (véase la figura 3).

A lo largo de toda una generación, entre 1950 y 1990, se pueden ver los nefastos resultados del comunismo —*versus* el capitalismo— alrededor del mundo: de Europa a Asia y de Africa a Latinoamérica. El canciller británico Winston Churchill expresó muy bien el problema de las aparentemente hermosas ideas socialistas después de abandonar el partido laborista inglés para unirse al partido conservador: «el que a los 20 años no es socialista es porque no tiene corazón, pero el que a los 40 años lo sigue siendo es porque lo que no tiene es cerebro». En 1891, el papa León XIII publicó la encíclica *Rerum Novarum*, donde condena el socialismo y, prácticamente, vaticina la muerte del sistema:

Figura 3. Los hermanos separados (ingreso por habitante en dólares americanos del año)



Fuente: J.L. Cordeiro, basado en Banco Mundial (varios años).

Para solucionar este mal (la injusta distribución de las riquezas junto con la miseria de los proletarios) los socialistas instigan a los pobres al odio contra los ricos y tratan de acabar con la propiedad privada estimando mejor que, en su lugar todos los bienes sean comunes [...] pero esa teoría es tan inadecuada para resolver la cuestión, que incluso llega a perjudicar a las propias clases obreras; y es además injusta, pues ejerce violencia contra los legítimos poseedores, altera la misión del Estado y perturba fundamentalmente todo el orden social.

Cien años después de esas proféticas palabras, el marxismo se derrumbó estrepitosamente por toda Europa. Para celebrar el centenario de la visionaria *Rerum Novarum*, el papa Juan Pablo II publicó en 1991 su famosa encíclica *Centesimus Annus*, donde explica:

El marxismo ha criticado las sociedades burguesas y capitalistas, reprochándoles la mecanización y la alienación de la existencia humana. Ciertamente, este reproche está basado sobre una concepción equivocada e inadecuada de la alienación, según la cual ésta depende únicamente de la esfera de las relaciones de producción y propiedad, esto, atribuyéndole un fundamento materialista y negando, además, la legitimidad y la positividad de las relaciones de mercado incluso en su propio ámbito. El marxismo acaba afirmando así que solo en una sociedad de tipo colectivista podría erradicarse la alienación. Ahora bien, la experiencia histórica de los países socialistas ha demostrado tristemente que el colectivismo no acaba con la alienación, sino que más bien la incrementa, al añadirle la penuria de las cosas necesarias y la ineficacia económica [...]

Ciertamente, los mecanismos de mercado ofrecen ventajas seguras; ayudan entre otras cosas a utilizar mejor los recursos; favorecen el intercambio de los productos y, sobre todo, dan la primacía a la voluntad y a las preferencias de la persona, que, en el contrato, se confrontan con las de otras personas.

Estas consideraciones generales se reflejan también sobre el papel del Estado en el sector de la economía. La actividad económica de mercado no puede desenvolverse en medio de un vacío institucional, jurídico y político. Por el contrario, supone una seguridad que garantiza la libertad individual y la propiedad, además de un sistema monetario estable y servicios públicos eficientes. La primera incumbencia del Estado es pues, la de garantizar esa seguridad, de manera que quien trabaja y produce pueda gozar de los frutos de su trabajo y, por lo tanto, se sienta estimulado a realizarlo eficiente y honestamente. La falta de seguridad, junto con la corrupción de los poderes públicos y la proliferación de fuentes impropias de enriquecimiento y de beneficios fáciles, basados en actividades ilegales o puramente especulativas, es uno de los obstáculos principales para el desarrollo y para el orden económico.

¿Se puede decir quizás que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él estén dirigidos los esfuerzos de los países que tratan de construir su economía y su sociedad? ¿Es quizás este el modelo que es necesario proponer a los países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil?

La respuesta obviamente es compleja. Si por «capitalismo» se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, el mercado, la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta es ciertamente positiva, aunque quizás sería más apropiado hablar de «economía de empresa», «economía de mercado», o simplemente de «economía libre». Pero si por «capitalismo» se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una

particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa.

La solución marxista ha fracasado, pero permanecen en el mundo fenómenos de marginación y explotación, especialmente en el Tercer Mundo.

El comunismo fracasó rotundamente como lo explicó el papa Juan Pablo II, que como polaco vivió y padeció directamente el comunismo. El capitalismo y la democracia han demostrado ser, como dijo Winston Churchill, los «menos malos» de los sistemas existentes. Pero en el futuro, el mismo capitalismo dará paso al «cerebrismo», donde lo más importante ya no será el capital financiero, sino el desarrollo del cerebro humano.

No hay pueblos inferiores, ni razas inferiores. No hay culturas inferiores, ni religiones inferiores. Tampoco hay «climas» inferiores, ni idiomas inferiores, como algunos pseudoexpertos han tratado de explicar. Lo que sí hay son sistemas inferiores. Latinoamérica no es subdesarrollada por su población, raza, cultura, religión, historia, clima, idioma, etcétera. Latinoamérica es subdesarrollada por un sistema económico-político-social inferior, un sistema que se aleja en muchos aspectos de las mejores prácticas de la experiencia mundial. Mientras ese sistema inferior continúe, Latinoamérica no podrá ser desarrollada.

El poder de la visión

A inicios del siglo XIX, Latinoamérica y Norteamérica tenían niveles de ingreso muy similares. Hoy en día, Estados Unidos de América es muy rico y Latinoamérica es muy pobre. Nuestra falta de visión como países y como región, ha causado gran parte del atraso de los latinoamericanos.

Aún a mediados del siglo XX, los países latinoamericanos tenían ingresos por habitante más altos que la mayoría de los países asiáticos. Sin embargo, nuestros países nunca tuvieron una verdadera visión de futuro y este hecho les costó muy caro en los años siguientes. Mientras Asia ha progresado impresionantemente, Latinoamérica, en general, y Colombia, en particular, se ha estancado relativamente. Otros casos peores son las historias de Argentina y Venezuela, que han retrocedido enormemente.

El desastre argentino es estudiado no solo en este país, sino alrededor del mundo. Argentina era uno de los diez países más ricos del mundo a comienzos del siglo XX. Era un país lleno de oportunidades que competía sin temores con Australia, Canadá y Estados Unidos de América. Hoy, sin embargo, Argentina es un país «detenido en el tiempo», al vivir todavía de sus glorias pasadas; de esta forma, Argentina continúa retrocediendo frente a otros países, incluido su antiguo vecino pobre: Chile.

Otro difícil caso es Venezuela que, en 1950, tenía uno de los ingresos por habitante más altos del mundo. De hecho, según las estadísticas oficiales de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), Venezuela estaba entre las veinte naciones más ricas del mundo, mientras que muchos países en otros continentes, con dificultad, estaban saliendo de los rigores de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, Venezuela nunca tuvo una visión de futuro y eso se reflejó rápidamente en el estancamiento y posterior retroceso del país.

En la década de 1960, Japón, un país competitivo y visionario, superó a Venezuela en términos del ingreso promedio por habitante. En la década de 1970, España superó a Venezuela; en la de 1980, Corea del Sur pasó a Venezuela y, en la de 1990, Malasia también lo hizo. Muchos países, que una vez fueron más pobres que Venezuela, lograron salir adelante mediante

la determinación de metas y objetivos claros: una estrategia, una visión de país.

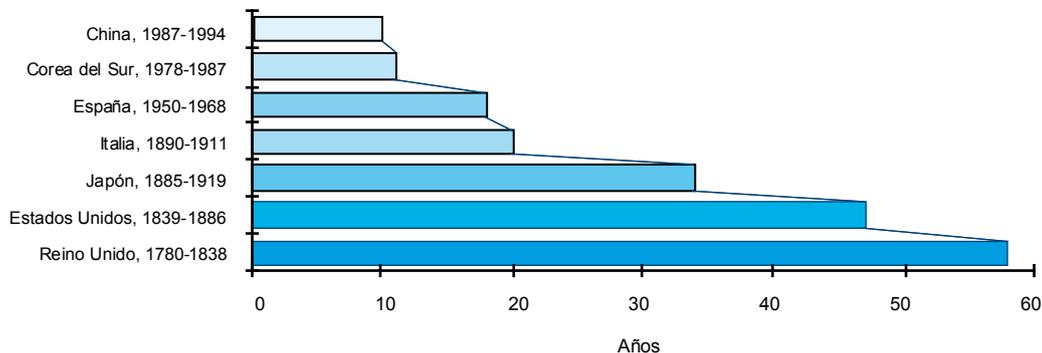
Obviamente, consolarnos en las desgracias de otros países como Argentina y Venezuela es simplemente un «consuelo de tontos». Un país sin visión es como un barco a la deriva, que va de un lugar a otro, según el viento que sople al momento. En un mundo globalizado e interdependiente, se hace imperativo tener una genuina visión de país para ser competitivos. Esta visión de país tiene que ser una visión a largo plazo. Una visión de futuro que vaya más allá de los beneficios a corto plazo y de las soluciones inmediatas. Una visión que permita pensar, planificar, crear, construir. Una visión de país competitivo y desarrollado. Una visión soñadora que nos deje romper todos los viejos paradigmas mentales. Soñar, como indica el dicho, no cuesta nada. Así que es mejor siempre soñar en grande, sobre todo cuando más joven se es, para luego volar más alto. Pensar que lo que es imposible hoy, puede ser posible mañana. ¡Que los latinoamericanos también podemos ser desarrollados!

Hoy en día, se sabe cuáles estrategias funcionan y cuáles no. La historia de los pueblos permite ver qué

metas son alcanzables y cómo lograrlas. Por otro lado, el tiempo requerido para progresar se ha ido acortando a medida que avanza la historia. El Reino Unido, la primera nación en entrar en la revolución industrial, necesitó 58 años (desde 1780 hasta 1838) para duplicar el ingreso de sus habitantes. Estados Unidos de América, el primer país americano en pasar por la revolución industrial, requirió 47 años (desde 1839 hasta 1886). Japón necesitó 34 años para duplicar la riqueza de su población de una manera consistente y sistemática. Italia, después de su unificación, precisó 21 años y España, después de abandonar su sistema mercantilista feudal, requirió 18 años. El «récord» actual lo lleva China con tan solo 7 años para duplicar el ingreso de su población, después de que el país abandonó el comunismo económico (véase la figura 4).

La «escalera del desarrollo» se ha reducido significativamente desde los 58 años que le tomó al Reino Unido hasta los 7 años que requirió China para duplicar la riqueza de sus respectivas poblaciones. Ahora, se puede decir, sin demasiado temor a equivocarse, cuáles son las ideas que funcionan y cuáles no para alcanzar el desarrollo de las sociedades. La opción para el progreso

Figura 4. La escalera del desarrollo



Fuente: basado en Banco Mundial (1991) y Agnus Maddison (1994)

latinoamericano no es utópica, ni tan siquiera lejana, como lo demuestran los variados ejemplos anteriores. Lo único necesario es la voluntad común para establecer las prioridades nacionales dentro del marco de una verdadera visión nacional.

«Nada grande puede hacerse con hombres pequeños» ha sido la consigna de los triunfadores. La gran diferencia entre los países desarrollados y los subdesarrollados, entre las empresas exitosas y las fracasadas, entre los seres humanos realizados y los esclavizados, es, sin lugar a dudas, una visión de grandeza. Mientras pensemos en pequeñeces, seremos pequeños; mientras pensemos en mediocridades, seremos mediocres. Solo cuando pensemos en grande, seremos grandes.

La competitividad y el desarrollo no deben ser fines en sí mismos, sino los medios para alcanzar el bienestar y el incremento sostenido de la calidad de vida de toda la población. Al final del camino, lo importante no es la competitividad como herramienta *per se*, sino cómo lograr con ella un nivel de vida elevado y creciente. Adicionalmente, la competitividad es un concepto dinámico y no estático. Las ventajas competitivas son dinámicas y es posible crearlas en el tiempo. Hay que retomar la trilogía de los conceptos anteriores: invertir en educación, principalmente en educación básica; establecer un sistema que eleve la eficiencia económica, la responsabilidad política y la dignidad social; y, por

último, crear una visión coherente del futuro deseado. Solo así entraremos definitivamente en la dinámica del mundo avanzado.

Bibliografía

- Banco Mundial
(Anual) *Informe sobre desarrollo mundial*. Washington, D.C.: Banco Mundial.
- Cordeiro, J.L.
1997 *El gran tabú venezolano: la desestatización y democratización del Petróleo*. Caracas: Ediciones CEDICE.
1998 *Benesuela vs. Venezuela: el combate educativo del siglo*. Caracas: Ediciones CEDICE.
2007 *El desafío latinoamericano... y sus cinco grandes Retos*. Bogotá: McGraw-Hill Interamericana.
- Maddison, A.
1994 «Explaining the Economic Performance of Nations». En W.J. Baumol y E. N. Wolff (editores). *Convergence of Productivity: Cross National Studies an Historical Evidence*. New York: Oxford University Press.
2001 *The World Economy: A Millennial Perspective*. París: OECD Development Center.
- Psacharopoulos, G.
1992 *El impacto económico de la educación*. San Francisco: CINDE.